

El suelo es fértil y muy pintoresco. Ora montañoso, ora simplemente ondulado, produce cereales, vino, olivos, ligueras y ricos pastos para el ganado.

Su precioso mar en miniatura es una joya magníficamente engarzada, y la circunstancia de estar constantemente sumergido en un baño de luz, duplica el esplendor de sus cambiantes matices.

Horas enteras paso mirando las barcas que en todos sentidos la surcan, y que me recuerdan las de Castellamare, el pueblo en que nací, hasta el punto de hacerme olvidar, a veces, que estoy en Oriente.

En efecto, el sol de Italia es el que blanquea esas lejanas velas, y el que traza surcos de luz y de fuego sobre las olas rizadas por la brisa, y cielo de Italia es ese cielo de lápislázuli veteadado aquí y allá de venas grises.

Pero cuando mis miradas se vuelven hacia la carretera, Italia se desvanece, y caigo en Oriente de nuevo. Las caravanas que desfilan, al paso rítmico de los camellos, por los caminos que vienen de Tiro, de Sidón y de Damasco; los campamentos de los árabes que prosiguen su vida nómada a través del desierto; los judíos rebozados en sus amplias túnicas de vistosos colores, las mujeres, veladas, que van, con grandes ánforas en la cabeza, a tomar agua en la fuente pública, sus asnos, amigos y compañeros del hombre, todo me hace recordar que estoy, en efecto, muy lejos de Roma. — «Vale, Nonis Novembris»

— 5 de Noviembre, año 780 de Roma. — Magdala.